COMEDIA NUEVA

Publicaciones del Ministerio de Educación de Colombia.
Departamento de Extensión Cultural y Bellas Artes.

1 9 5 0

862.49
8455

FERNANDO DE ORBEA

COMEDIA NUEVA

LA CONQUISTA DE SANTA FE DE BOGOTA SU AUTOR D. FERNANDO ORBEA.COPIADA FIELMENTE SEGUN SU INSIGNE ORIGINAL.

UNIVERSIDAD NACIONAL BIBLIOTECA

Biblioteca Popular de Cultura Colombiana

Impreso en Editorial Iqueima, carrera 10ª, Nº 21-28 Bogotá

PROLOGO

"La Conquista de Santa Fe de Bogotá" escrita posiblemente a fines del siglo XVII y copiada en el siglo XVIII es la única obra dramática que produjo España en el Nuevo Reino de Granada. Por esta circunstancia su autor don Fernando de Orbea, singularízase en nuestras letras al lado de los cronistas y de los poetas coloniales. Pero don Fernando es una figura menor menos veraz que don Juan de Castellanos, y menos poeta que Hernando Domínguez Camargo y que la ilustre monja del Castillo.

La comedia concebida en romance y en endecasílabos pareados fue calificada de "insigne" en algún rincón provinciano de la España pseudo-clásica. Ese fue el calificativo que le dio el pendolista en el único manuscrito que se conoce actualmente en la obra. El mamotreto llegó a la Biblioteca Real de Madrid en el legado de uno de los Duques de Alba o de Osuna. Hace un año justamente por Semana Santa, tuve el manuscrito en mis manos. No hay mérito en haberlo hallado ya que su noticia existía de tiempo atrás en los catálogos de la Biblioteca Real. El mérito consiste en haber adquirido lo fotoscopia y en haber trabajado como un relojero, armado de lentes, para interpretar y transcribir el texto de letra fina deformado por la caligrafía y la ortografía de esas remotas épocas.

La tarea benedictina la dejé inconclusa por no haber hallado los deleites que esperaba en compensación a las muchas horas diarias de trabajo y de fatiga. En julio del año pasado escribí en el Boletín Cultural de la Embajada de París una breve noticia de esta comedia, que yo llamé- greco-chibcha. La Extensión Cultural de Colombia obtuvo posteriormente de la Biblioteca de Madrid una copia en letra moderna de la obra, lo que ha facilitado su publicación que considero de interés a título de curiosidad arqueológica. "La Conquista de Bo-

gotá" de Fernando de Orbea forma desde hoy parte de nuestro acervo literario, en la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.

¿Quién era don Fernando de Orbea, y dónde, cómo y cuándo se documentó para su comedia? Sólo la fantasía llevada de la mano por el versificador a lo largo de su obra puede insinuarnos la estampa del hombre que nos han negado los archivos. Los errores garrafales de historia, de geografía y de psicología indígena que pululan en el mamotreto indican que su autor no vino al Nuevo Reino de Granada. Ni en las genealogías de Flórez de Ocariz, ni en los índices de empleados y de clérigos existe siquiera el apellido de Orbea.

Imagino a don Fernando como una especie de Manuel del Socorro Rodríguez "eutropélico" y greco-latino, a la luz de un velón calentándose la mollera en los clásicos griegos, particularmente en los del ciclo homérico. Lo imagino inventariando las divinidades mitológicas y los personajes de Plutarco para injertarlos con su lenguaje heroico en los humildes caciques chibchas. Así el ingenuo e hiperbólico Don Fernando se puso a tono con las corrientes pseudo clásicas que esterilizaron el genio español y apestaron borbónicamente las atmósferas literarias de España y de América con las flatulencias de la familia Agamenón.

Después del rezo, al toque de ánimas, el buen don Fernando saldría de la iglesia de su pueblo español. Antes de arremeterle al chocolate para entregarse a sus divagaciones, jugaría una partida de tresillo con el cura y el alcalde, o se detendría bajo los soportales de la plaza a oír en una centésima edición aumentada y corregida las fabulosas y disparatadas aventuras que corrieron sus coterráneos de tierras de América.

Aunque ya en su tiempo habíase cancelado la edad heroica de las conquistas, la curiosidad por la vida de las colonias americanas debía mantener encendida la fantasía quijotesca de las tertulias en toda España.

Don Fernando hojeó posiblemente las historias de la conquista que ya habían sido publicadas en su época. Con ellas, mal digeridas, debió trazar en su calenturienta fantasía un mapa nebuloso de América. Los do-

minios de Osmin, Rey de Bogotá, personaje fabuloso de su obra, los dilata Orbea muy hacia el Sur según aparece en el relato del General Tundama cuando dice: "Todos veneran tu imperio... desde el Cauca hasta el Rimac". Si esto no fuere suficiente, del hecho no queda duda cuando el coro epilogando el mamotreto exclama:

"Ilustre Lima aquí tiene
fin el concepto expresado
vuestra discreción tolere
los yerros que han sido tantos."

En esta que es la última estrofa donde se disculpa de los yerros cometidos, don Fernando incurre en el más gordo de los disparates: el de pedirle excusas a Lima por la obra cuya acción se desarrolla en Bogotá. Aunque se trata de un escritor inhábil en el manejo de los documentos quizá la estrofa final del coro podría ser la pista para localizar a don Fernando en la Ciudad de los Reyes. Si esto fue así bien hizo el orondo dramaturgo en pedirle excusas a la ciudad de su nacimiento, si era criollo, o de su residencia, si fue un español que por negocios o por gestión oficial estuvo en Lima y luégo regresó a España con el mamotreto.

Estas son sugerencias que se abren a las futuras investigaciones, si acaso el drama de Orbea sigue interesando por algún aspecto a la crítica. Los indicios para no desechar esta hipótesis abundan en la obra: en una de las aparatosas escenas se baila la "Danza de la Colla" al són de tambores y clarines, y es muy posible que en la jeringonza hispano-india cantada por Florela Gualeva haya fonemas incaicos aprendidos por don Fernando más fácilmente en el Perú que en España. Además la obra sigue la ruta de Belalcázar en jurisdicciones del Nuevo Reino de Granada y es sabido que Don Sebastián vino desde el Perú hasta Bogotá con un abigarrado séquito de gentes incaicas conquistando cuantos pueblos halló por el Ecuador en la ruta hacia nuestra altiplanicie. La ruta de Belalcázar pudo estar pues en la información circundante más inmediata de don Fernando. En todo caso su vida es una incógnita tan

perdida como el puñado de tierra en que deben haberse convertido sus huesos.

"La Conquista de Santa Fe de Bogotá" es pues un drama cargado de lobanillos pseudo-clásicos, zurcido con errores garrafales por un español o por un criollo que no estuvo en la Nueva Granada. La obra fue concebida según los modelos del teatro antiguo con largos recitativos, con personajes españoles y con nobles indígenas de diversa procedencia, que juran por Marte y por Júpiter y con coros sin importancia de amazonas armadas hasta los dientes.

El hecho comienza en el Palacio de Osmín, Rey de Bogotá. Dicha morada no es el humilde cercado del cacique con el rústico bohío circular, que describen los cronistas, sino una especie de ciudadela medioeval fortificada. Esto se sabe por el Castillo Almenado donde se desarrolla el segundo cuadro de la segunda Jornada de la obra y por el siguiente comentario del coro: .. ..

"De Bogotá las almenas
del tiempo padrón antiguo
los estandartes de España
aclaman a Carlos Quinto."

De este pintoresco disparate se deduce que los chibchas en materia de arquitectura igualaron las estampas que ilustraban las obras de caballería, a las cuales debió ser muy adicto el estupendo don Fernando.

No sé de dónde sacaría nuestro autor a Osmín. Ya que los conquistadores figuran en esta fallida epopeya con sus nombres de pila, el Rey de Bogotá debió llamarse Tisquesusa. El único nombre de cacique chibcha que suena en la algarabía es el de Nemequene lo que encarna un error cronológico, pues el valiente guerrero murió en una batalla antes de llegar los conquistadores. Lo más curioso es que este personaje resucita en la obra de Orbea, como un sabio hechicero y no como el astuto y denodado estratega que sometió numerosas tribus para unificar el imperio de los Chibchas.

El héroe es el General Tundama que ha llegado a Bogotá triunfante después de someter el reino de los

Popayanos y de dar muerte a Orondato su caudillo. Aquí hay un nuevo error: los chibchas en el momento de la conquista sólo tenían problemas guerreros con sus vecinos los feroces Panches. Constituían además un pueblo sedentario y benigno dedicado a la agricultura y a la meditación poética del Universo. De ahí el vuelo lírico de su mitología y de sus divinidades que fueron arbitraria y candorosamente suplantadas en el drama por los habitantes del Olimpo.

En una de las primeras escenas el General Tundama relata su hazaña y cuenta que al examinar el cadáver de Orondato halló entre sus arreos la miniatura de una hermosa mujer pintada con maestría en una lámina de oro recamada de diamantes. Naturalmente allí nació su amor desesperado por la desconocida. Luégo el guerrero enamorado encontró en la selva vecina a la Infanta Amurena cubierta de un espeso velo. La amazona le entregó la macana, en señal de sumisión, pero se negó a descubrir el rostro diciendo que según la ley sólo podría levantar el velo ante el Rey de Bogotá. Así, el Agamenón indígena llegó con su misteriosa Casandra ante el solio de Osmín. Naturalmente la bella Amirena era la mujer del retrato.

De este hermoso disparate se deduce que la pintura había llegado en los indios colombianos a un altísimo grado de perfección o que nuestros indígenas viajaban ya por Europa antes de la conquista.

La primera escena, donde sueltan los personajes su cháchara retórica, es bruscamente interrumpida por detonaciones de mosquetes y por voces que gritan vivas a Carlos Quinto. Son los Españoles. Vienen todos en tres naves por el río Cauca que el delirante don Fernando sitúa en las cercanías de Bogotá. En la nave capitana vienen Quesada y Belalcázar, como si la cronología de los hechos históricos no tuviese en ese tiempo valor alguno para los dramaturgos. Don Fernando oyó el gallo de la conquista y no supo dónde cantaba, pues sacó a Quesada de su heroica ruta del Magdalena para meterlo sin más miramientos en la de Belalcázar.

La batalla entre indios y españoles tuvo lugar no ciertamente en tierra con caballerías sino en agua con

buques. Obsesionado quizá por el fantasma de la flota griega don Fernando adobó una pequeña Troya en los altos y apacibles campos andinos de los chibchas. El mismo Tundama derrotado exclama en uno de los últimos episodios:

"Desbaratado mi campo
y en cenizas vuelta Troya
es de cadáveres yertos
infausto teatro de sombras."

En este drama tan disparatado por los aspectos ya comentados y tan feliz por otros que comentaremos, los indios son los personajes principales y los que tienen más locuaz la tarabita. Los parlamentos del Mariscal Quesada son cortos y los de Belalcázar y Lugo, personajes episódicos, podrían suprimirse sin quebrantar el sentido y la unidad escénica de la obra. Es natural que a las gentes españolas del siglo XVII les interesara vivamente la personalidad del indio. No sería pues extraño que don Fernando hubiera utilizado ocios y tufillos literarios en esta obra, para amenizar alguna fiesta popular o algún sarao en casa de los Duques de Alba o de Osuna.

Los indios locuaces de don Fernando se disparan piropos greco-latinos. Cuando entra en escena el brujo Nemequene para narrar con fatigado resuello la aparición de las naves españolas, los indios le propinan cumplimientos eruditos: el Rey Osmín lo trata de "Sabio Talés", el General Tundama de "Soroaste sabio insigne Filomena"; la Reina Palmira de "Euclides de este mundo", y Amirena de "Diágoras cuya fama por todo el orbe heroica derrama".

Esta cortesía rimbombante no falla en el teatro entre indios y españoles: "En ti miro señor de parte a parte en traje de indio al generoso Marte", dice el Mariscal Quesada al Rey de Bogotá y éste le responde: "En ti veo no en vano al Griego Aquiles a Héctor el Troyano". Tales ejemplos de urbanidad culterana se repiten con desesperante frecuencia a todo lo largo de la obra.

Los indios de Orbea tienen una alta idea de sí mis-

mos. El error de presentarlos eruditos y culteranos, no es tan grande como el de atribuírles arrojo, insolencia y fanfarronería. En las arengas, antes de la batalla, hombres y amazonas expresan lo que cada cual representa como empresario de cataclismos universales. Osmín, después de disponer la estrategia de treinta mil arqueros al mando de Tundama; de seis mil honderos al de Palmira; de cuatro mil ballesteros al de Amirena y de catorce mil piqueros a su propio mando, termina la arenga diciendo:

"En los bárbaros encuentros
me verá el campo contrario
relámpago, rayo y trueno."

Tundama en la suya dice:

"Entrándome en la batalla
matará tantos mi esfuerzo
que faltará en la campaña
la tierra para los muertos."

Este acento heroico llega en las mujeres a proporciones destructoras. Así Amirena exclama:

"Amazonas a la lid
os convida mi denuedo...
al arma al arma tocad
tiemble tiemble el universo
y la máquina del orbe
caiga caduca a mi esfuerzo."

Pero Palmira no le va en zaga cuando afirma:

"Tigre soy aunque vestida
y adornada de lo bello
y ya que vencer no tenga
contrarios en el encuentro
chocaré con los planetas
sacándoles de su centro."

Los indios de Orbea son tan falsos que para traerlos a la realidad sería necesario hacerlos de nuevo. Pero se les podría humanizar recortándoles algo de lo mucho que les sobra.

Si lon indios hubieran sido como los pinta el optimista don Fernando la conquista no hubiera sino una sinfonía tanto realizada de un lado por el terror supersticioso de los indios y de otro por los caballos, los mosquetes y las barbas de los españoles, en quienes vieron los indios a los hijos vengadores del sol profetizados por los hechiceros desde México hasta el Cuzco. La conquista hubiera sido el choque y el equilibrio de dos fuerzas en una cultura mestiza extraordinaria con pueblos bilingües y poemas épicos verdaderos.

El único de los indios que vive como un simple mortal en la obra es Chiburrina, personaje picaresco, tan sensible al miedo cuando estalla el estrépito de las batallas, como a la broma, cuando se burla de la codicia chapetona, v. g., encerrándose en un baúl disfrazado de diablo. Del baúl sale en lugar del oro prometido, blandiendo un garrote para molerle las costillas a Martín, otro personaje festivo de la obra. El idioma en el escudero del brujo Nemequene es sencillo sin las hinchazones oratorias de los otros. De ahí la simpatía que irradia su persona. Al estampido de los mosquetes y a la grita de los ejércitos, Chiburrina, vierte su miedo en los calzones, como cualquier hijo de vecino.

"Qué demonios de alboroto
es este que me atolondra
vive Baco que es mi dios
pero aquesta es otra bomba.
No sé que extranjeras gentes
pueblan del río las ondas.
Muriéndome estoy de miedo
mis calzones no lo ignoran
y en tristes inundaciones
los sentidos me sofocan."

Pero es el caso que los chibchas no conocieron los pantalones. Martín el español no se le quedó atrás. Cuando Chiburrina disfrazado de diablo está dándole la paliza dice:

"Señor Diablo por la Virgen
estos si que son trabajos
y no los que en los calzones
entonan contrabajos."

"La Conquista de Santa Fe de Bogotá" es falsa desde el punto de vista histórico pero como obra de teatro me parece excelente por la buena técnica de las escenas que van desarrollándose naturalmente con la trama y con el dibujo de los personajes. Más que de un drama heroico, la obra da la impresión de una ópera afónica, por el aparato escenográfico y por el corte de los personajes. Con música de Verdi sería una nueva Aída. El cuadro del Castillo Almenado con el dragón echando llamas por la boca, con el brujo Nemequene conjurando las fuerzas ocultas y con los indios disparando flechas encendidas desde las almenas, es más propio de un teatrillo de títeres. El cuadro en que aparecen Osmín dormido y España simbolizada en una ninfa podrían, en buenos troqueles, inspirar un movimiento de ballet y en moneda ordinaria, un simple episodio de sainete o de opereta.

El espectáculo podría mejorar la naturaleza y categoría si la obra fuera cuidadosamente revisada en una segunda edición, para destacar las cláusulas que aparecen sin puntuación y para afirmar el carácter de los personajes, recortándoles las digresiones, las alusiones greco-latinas y las demás tonterías que abundan en sus parlamentos y recitativos.

La poda vale la pena, ya que el drama de Orbea es la única obra teatral escrita durante nuestra Colonia con temas de nuestra conquista. Esta primera edición sirve al menos para demostrar hasta qué punto las modas pseudo-clásicas francesas esterilizaron el genio creador de España. Lo español gongorino, que resistió el vendaval clasicoide, es lo que justamente le da calidad

a la obra de don Fernando, particularmente en el romance. El lector podrá comprobar en los relatos la vivacidad, la audacia y la gracias líricas de las imágenes si ellas no se juzgan con un riguroso criterio académico. Los versos pareados en metro endecasílabo con octosílabos intercalados, son menos felices por la obligación de las rimas que a veces vienen por los cabellos con el consiguiente insufrible sonsonete.

La primera edición tiene que ser la fiel reproducción del documento tal como aparece en la copia del "insigne original".

Don Fernando de Orbea es pues un mal historiador, un regular versificador de fantasías y un experto conocedor del teatro en cuanto al juego de escenas y personajes.

Los protagonistas de la obra son el General Tundama y la Infanta Amirena. El tema amoroso, siguiendo los cauces esquilianos, corre hacia la muerte. El conquistador Jiménez de Quesada es la sal y la pimienta que suele llevar el tercero en discordia a los episodios galantes. Don Fernando mató a la Infanta Amirena por mano de la reina Palmira, porque Esquilo mató a Casandra por mano de Clitemnestra. Era necesario que estas dos mujeres rivales se odiaran para que la obra de Don Fernando sufriera, según el uso, las consecuencias del rapto de Helena.

El desventurado Rey Osmín y el General Tundama burlados por Quesada y Palmira —que ha traicionado la causa de los indios pasándose al campo de los españoles— mueren también. El conquistador les ha dado muerte por derecho de vencedor y por rivalidad amorosa. Y después del amor, de la ambición y de la traición que mueven los grandes cataclismos del hombre, y que embrollan en la obra la posición de los unos y de los otros, cae el telón como en las tragedias antiguas sobre un reguero de cadáveres.

El título mismo de la obra de Orbea es un compromiso que el autor no supo cumplirle a la historia. No hay en la acción un signo, un hecho, un personaje con los contornos del pueblo chibcha en los remotos tiempos de la conquista. Cualquiera que hubiera leído en la

época de don Fernando a nuestros cronistas, habría hallado temas poemáticos de extraordinaria belleza, como el hondo y desventurado amor de Lázaro Fonte, gallardo capitán de Quesada y de la princesa india Soratama.

No fue afortunado el forastero al proveer en esta obra única y falsa, el género del drama histórico durante la colonia. Los colombianos ni siquiera hemos hecho las diligencias para surtirlo en los años de vida que llevamos. Sin embargo, Carlos Arturo Torres, comprendiendo mejor que nadie la misión de nuestra poesía, escribió "Don Lope de Aguirre". En este drama que nadie recuerda, construído con esmero en verso bien cortado, el narrador revivió episodios y personajes verdaderos. Pero esta obra sólo puntualiza la biografía de un conquistador satánico y sanguinario, que prefirió matar a su propia hija antes de verla en manos de sus enemigos.

Colombia se precia de poseer en cada uno de sus habitantes medianamente cultos a un escritor en potencia, y sin embargo no ha producido una sola obra tan universal como "Martín Fierro" en cuya grandeza argentina se hizo literariamente adulta. Ese poema individual tiende a hacerse colectivo y anónimo: muchos de los payadores que cantan y recitan las sentencias y los epigramas de Martín Fierro y del viejo Viscacha, ignoran a José Hernandez su autor. Este hombre pueblo, sencillo y cuotidiano, ha sido absorbido por la fuerza de sus personajes y acaso por lo mismo es un constructor de su nacionalidad como lo han sido todos los verdaderos poetas desde Homero, en la edad heroica de la poesía. Colombia no ha vivido aún la edad heroica de la suya, y no ciertamente por falta de temas poemáticos sino de poetas capaces por el tesón de afrontarlos.

La gesta antioqueña con el minero, el hachero y el arriero, cabría en un segundo Martín Fierro. Gregorio Gutiérrez González, el admirable poeta de "Aures" y del canto "A Julia" intentó exaltar el sentido poemático de la raza en su informe a la Sociedad de Agricultores sobre el cultivo del maíz. ¿Quién sería capaz de perpetuar en un poema la ya borrosa estampa del arriero

antioqueño? Su habla jocunda, su vida andariega de toldas, posadas y ventas cervantinas, tras la mula mañera y el lento buey caminero, por trochas y desfiladeros antioqueños, es de una bronca belleza poemática. Pero los arrieros ya legendarios desaparecerán sin que a los sucesores de Gutiérrez González les importe una higa. Los unos, por ley de verticalidad y de ascendente categoría humana, se hicieron señores; los otros por la ley horizontal del motor y de la velocidad, se hicieron choferes. La diferencia entre el arriero de antes y el de ahora, es la misma que existe entre el gaucho legendario de Martín Fierro y el que después de las alambradas latifundistas, perdió el galope heroico de su caballo por la inmensidad cimarrona de la Pampa.

Los poetas colombianos prefieren la poesía intimista para uso exclusivo de las tertulias literarias, durante ocho días. Sus preparados preciosistas según los cánones cosméticos de Elizabeth Arden, y sus cantos de gran belleza no impregnados de aventura, como dijera Daniel Arango, los olvida la memoria popular porque no están impregnados de nacionalidad poética como el Martín Fierro de los argentinos y el Mio Cid de los españoles. Los colombianos prefieren a estas grandes obras, los cantos conflictivos personalísimos y las esmaltadas miniaturas del soneto. En este pequeño estuche de joyería, en este irizado insecto de la poesía, en este diminuto vitral del canto, el poeta colombiano halla lo que necesitan su poco tesón para el trabajo, su genio instantáneo de improvisador y su dón penetrante de refractar el sentido de las cosas.

El drama de carácter histórico, y el poema heroico pueden ser un retroceso para los vanguardistas que buscan novedades sin rumbo, pero en realidad significan el retorno hacia el cimiento que sólo se construye con lo propio circundante del hombre. Es evidente que el teatro histórico con obras como "Ollantay" del argentino Rojas, fija de la más eficaz manera para el pueblo las imágenes del pasado y forma una conciencia amplia y digna de la nacionalidad.

El drama de don Fernando de Orbea que editará muy oportunamente en breve la Sección de Publicaciones del

Ministerio de Educación, así falso y greco-latino es un "yo acuso" a la desidia y a la relativa desorientación de la poesía colombiana que ha dejado desiertas las vastas zonas de nuestra ética. Expresado de otra manera, la aparición de esa obra es la justificación del refrán que dice: "A falta de pan buenas son tortas".

Sería injusto, por otra parte, achacarles a nuestros poetas la responsabilidad total de nuestra pobreza literaria. El país demasiado joven y aún inculto debe estimular la aparición de las grandes obras que han constituído en todos los tiempos el patrimonio cultural más precioso de todos los pueblos.

Si el Estado colombiano desea construir la edad heroica de su literatura que fije los temas y que abra concursos para premiar con sumas generosas, apropiadas, las obras verdaderamente representativas en el poema y en el drama heroico. Si Colombia no es ahora una prolongación sino una entidad adulta, autónoma, hay más razones para construir lo propio desde las bases, recorriendo las etapas de todos los pueblos en materia de cultura que de seguir imitando formas nacidas en países decrépitos y agonizantes.

Los americanos tenemos tanto para ser originales y felices que bien podemos olvidar lo que aprendió Europa para ser feliz.

No pensaría el buen don Fernando de Orbea al perguеñar la fantasía de nuestra conquista, que tres siglos después, en el propio Bogotá de su Rey Osmín, alguien sacudiría el polvo de su olvido para zarandearle los huesos con tantos rigores.

JAVIER ARANGO FERRER

Bogotá, sábado de resurrección de 1948.